

Regocíjense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark



La espera

Todos los días oramos en la Misa acerca de “aguardar la feliz esperanza” y de manera especial durante el Adviento. Nuestra fe nos enseña que el Señor vendrá de nuevo. Y nos han dicho que su venida será un momento de gran felicidad, un momento en que se secarán todas las lágrimas y todas nuestras esperanzas se cumplirán.

Creemos en esto. Es parte integral de la esperanza cristiana. Un día el Señor vendrá de nuevo y se completará la redención del mundo (y nuestra redención personal).

Como miembro de la Congregación del Santísimo Redentor (Misioneros Redentoristas), he estado muy consciente de esta verdad fundamental de nuestra fe. El proceso que se inició con la promesa de Dios a su pueblo elegido, los judíos, y que fue hecho realidad en la plenitud de los tiempos por la Encarnación de Cristo y por su Pasión, Muerte y Resurrección, será llevado a su cumplimiento en los tiempos finales. Esperamos por este día: la segunda llegada de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Esperar no es algo que hacemos de manera voluntaria. Estamos acostumbrados a la gratificación inmediata de nuestros deseos, la solución fácil. No nos gusta esperar en largas filas y nos irritamos cuando la comida que pedimos en un restaurante tarda más tiempo en ser servida del que pensamos que debería tardar.

Entonces, ¿qué significa para nosotros aguardar con esperanza? ¿Solo significa algo bueno en lo que reflexionamos durante el tiempo del Adviento, o nos dice algo importante acerca de quiénes somos como discípulos misioneros de Jesucristo?

Como discípulos misioneros, creo que encontramos a Dios, primero y principalmente, en la oración y en el amoroso servicio a los demás que se nutre y se sostiene con nuestra oración. La auténtica oración requiere de paciencia. Abrimos nuestro corazón a Dios; compartimos con Él nuestras esperanzas y miedos y deseos más profundos; le pedimos ayuda a Dios; prometemos ser más fieles y no pecar más, con la ayuda de su gracia. Y luego aguardamos por la respuesta de Dios.

La oración es “esperanza en acción”. Es acción porque tomamos la iniciativa y buscamos a Dios, que siempre está ahí: es nuestra compañía constante en cada paso de nuestro viaje por la vida. La oración es también una profunda expresión de esperanza porque requiere que nos liberemos de nuestra necesidad de una respuesta inmediata o predeterminada. La oración nos enseña a aguardar, y a confiar en la esperanza.

Comenzamos el nuevo año litúrgico con un tiempo de espera, una época de esperanzas y deseos. El Adviento nos prepara para celebrar la Navidad sin caer en la trampa de expectativas superficiales o irreales. Nos enseña que el mayor regalo de la Navidad es el Señor mismo. El Adviento nos muestra que lo que verdaderamente esperamos en esta época del año (y siempre) es tener un encuentro personal con Jesucristo. Nos recuerda que todas las alegrías de la Navidad, y de la segunda venida del Señor, pueden verdaderamente ser nuestras, si aprendemos a esperar por ellas con devoción.

Aguardar con esperanza requiere de paciencia, confianza y la firme creencia de que Dios escuchará y responderá a nuestras oraciones. Esperamos que el Señor nos dé todo lo que verdaderamente deseamos, y necesitamos, y de que su segunda venida—esta Navidad y al final de los tiempos—será nuestra mayor fuente de alegría.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Ser responsables

Cada cinco años, los obispos viajamos a Roma a encontrarnos con el Papa, quien es el Obispo de Roma pero también es el Pastor de la Iglesia Universal, para rendir cuentas de la administración de las diócesis que servimos. Llamamos a esto una visita “*ad limina*”, de la frase en la latín que significa “hasta los umbrales o fronteras”, lo que en nuestro caso significa el hogar espiritual de los santos Pedro y Pablo. En esta visita renovamos nuestras promesas como obispos y fortalecemos nuestro compromiso de unidad entre nosotros y con el Papa.

Los obispos de Nueva Jersey hicimos este viaje [fechas] y fue una experiencia realmente provechosa. Como es costumbre en estas visitas, sostuvimos reuniones con las oficinas principales de la Curia (educación, doctrina, beneficencia, clero y religiosas, ecumenismo, protección de la juventud y la Secretaría de Estado del Vaticano). Pero las actividades más importantes fueron las oportunidades que tuvimos de reunirnos y orar con el Papa Francisco. Su genuina preocupación por nosotros, y por el pueblo que servimos, fue verdaderamente inspiradora, y salimos de nuestros encuentros con nuestro Santo Padre sintiéndonos apoyados y motivados en nuestros esfuerzos por ser fieles discípulos misioneros de Jesucristo.

Todas las conversaciones y reuniones oficiales que tuvimos durante esta visita *ad limina* buscaron fortalecer las Iglesias locales (diócesis) que servimos. Fuimos honestos y directos al informar los

desafíos que enfrentan nuestras diócesis, pero también estuvimos confiados y llenos de esperanza al describir las muchas maneras en que el Espíritu Santo renueva a la Iglesia de Nueva Jersey. Expresamos nuestra sincera gratitud por los excepcionales fieles sacerdotes, religiosas y laicos que se ofrecen tan generosamente a llevar a cabo la obra de Cristo aquí y en tantos otros lugares alrededor del planeta.

Así como nosotros los obispos disfrutamos la oportunidad de estar juntos unos con otros y con el Papa Francisco y con su equipo de líderes, ¡también fue una bendición volver a casa y a las imágenes, sonidos y aromas del Adviento y a la anticipación de unas Navidades llenas de alegría en Nueva Jersey!

-- Los Obispos de Nueva Jersey

Mensaje del Papa Francisco: Palabras de desafío y de esperanza



Ha nacido el Señor, ha nacido el Redentor que ha venido a salvarnos. Sí, la fiesta... [pero] nosotros siempre corremos peligro, tendremos siempre en nosotros la tentación de mundanizar la Navidad, mundanizarla... Cuando la fiesta deja de ser contemplación—una bella fiesta de familia con Jesús en el centro—y comienza a ser fiesta mundana: hacer las compras, los regalos y esto y aquello... y el Señor permanece allí, olvidado. También en nuestra vida: sí, ha nacido, en Belén, pero [¿y ahora qué]... Y el Adviento es [un tiempo] para purificar la memoria de aquel tiempo pasado, de aquella dimensión.

Porque aquel Señor que ha venido, ¡volverá! ¡Él volverá! Y volverá para preguntarnos: “¿Cómo fue tu vida?” Será un encuentro personal. Nosotros tendremos un encuentro personal con el Señor, hoy, en la Eucaristía; y no podemos tener un encuentro así, personal, con la Navidad de hace dos mil años: tenemos la memoria de aquello. Pero cuando Él vuelva, tendremos ese encuentro personal. Es purificar la esperanza.

Vigilancia y oración son dos palabras para el Adviento; porque el Señor se ha encarnado en la historia en Belén; y Él vendrá, al final del mundo y también al final de la vida de cada uno de nosotros. Pero cada día, cada momento, Él viene en nuestro corazón, con la inspiración del Espíritu Santo.

(Homilía de Adviento 2018)

Mi oración para ustedes

Durante este tiempo de espera del Adviento, rezamos: Maranâ thâ' (¡Ven, Señor!) Ayúdanos a esperar con paciencia. Prepáranos para la Navidad y para tu nueva venida en la gloria. Elimina todos los obstáculos—nuestras frustraciones, dolores y rabias—que nos impiden recibirte con alegría, para que podamos compartir tu amor con los demás como discípulos misioneros. Que seamos uno contigo siempre, es nuestra feliz esperanza. †



Cardinal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.